

## RELOJ Y GUSANOS

Su respiración era penosa. Sus mucosas reseca­das hacían un sonido insoportable al salir el aire. Entre el silencio y el ruido de una respiración sin ritmo, iban pasando los minutos en el reloj de la pared.

Me agarraba la cabeza intentando sostener el futuro que mi mente ya anticipaba. El cansancio atravesaba cada músculo de mi trillado cuerpo. Habría querido cambiar por un momento la situación y verme yo tumbada, inmóvil, en la cama.

La vida no lo quería así. Era yo quien me tenía que quedar a mantener lo que habíamos construido para los dos aunque ya solo cobijara y alimentara a uno de nosotros.

Quien dijo que el amor lo podía todo, estaba confundido. Es la muerte quien tiene todo el poder. Invocamos al amor, inocentes, pero es la muerte, como trueno silencioso, quien atraviesa la vida, la ordena o la trastabilla.

Estábamos solos. Nadie quería acercarse a la inmundicia de una vida de desgracias. Quizás pensaban que algo de nuestra realidad podía contagiarles.

Éramos hijos únicos. No había familia cercana. No había amigos. Habíamos hecho de nuestra vida una isla desierta. Toda ella era para nosotros. Al principio, gozosos. Casi bendecidos. Pero sin la posibilidad de compartirla, fuimos perdiendo la fortuna de poseerla.

Sus manos pesaban sobre la sábana. Parecía como si se hundieran en el colchón. Ya no eran esos dedos que acariciaron tantas veces mi piel. Era incómoda la sensación de familiaridad y extrañeza que se mezclaban en mi estómago. Quería huir de esa habitación pero una parte profunda de mí seguía conectada a su latido. Mientras algo en ese cuerpo desgastado siguiera pulsando, yo existía en este mundo desagradecido.

Cuando el reloj se parase, la oscuridad me tomaría. Lo sabía y quería correr en dirección opuesta a ese momento. Ganarle una partida al tiempo. Conseguir una ventaja, por mínima que fuera, que me llenara el vientre de esperanza.

Un quejido, que brota de su boca, me saca de mi batalla fantaseada con el tiempo.

No entiendo cómo la vida y la muerte pueden compartir camino desde que nacemos. Juntos todo el tiempo, andando sin rozarnos las miradas. Marcando el paso sin buscar atajos. Tan cerca y tan ciegos.

En el mueble, al lado de la cama, entre gasas, pastillas, jeringuillas y una jarra de agua, se mantenía acompañándonos un ramo de margaritas que ya estaban muertas desde el momento que alguien cortó su tallo. Me daban vida hasta que me percaté de que ya estaban muertas. Tan solo sostenidas por el agua fresca que les ofrecía cada mañana.

Su final ya había sido dictado. Como el suyo, tu final también estaba cerca y sería mi nuevo comienzo.

Habría zarandeado tu cuerpo, buscando una última palabra, una última mirada. Hace tanto tiempo que no escuchaba tu voz, que tus párpados se mantenían cerrados. Me parecía un sueño recordar nuestras conversaciones en el balcón de nuestra casa mientras la calle ya dormía.

No crees. Tan solo en ti mismo, tan solo en la suela de tus zapatos. Nunca hablamos de la muerte. Para qué hablar de ella, me decías. Si cuando llegue no habrá nada que hacer. Que me coman los gusanos.

Larvas nos rodean. Comienzan a agitarse dentro de su nido. Se contraen hambrientas. Abren sus bocas ansiando un mordisco.

No hablar de la muerte nos ha expuesto a un final desgraciado. Echo en falta la luz del día. Quisiera abrir la ventana y sentir el rayo del sol mostrando el polvo de la habitación. Sentirme polvo nadando en el aire, que viciado, llevamos días respirando.

Sal de mí. Te libero para liberarme. Bendecido, te despido.

Tu reloj se ha parado. El mío sigue marcando los segundos. Quizás aún me quedan minutos para dibujar un nuevo mapa antes de que los gusanos también me atrapen a mí.